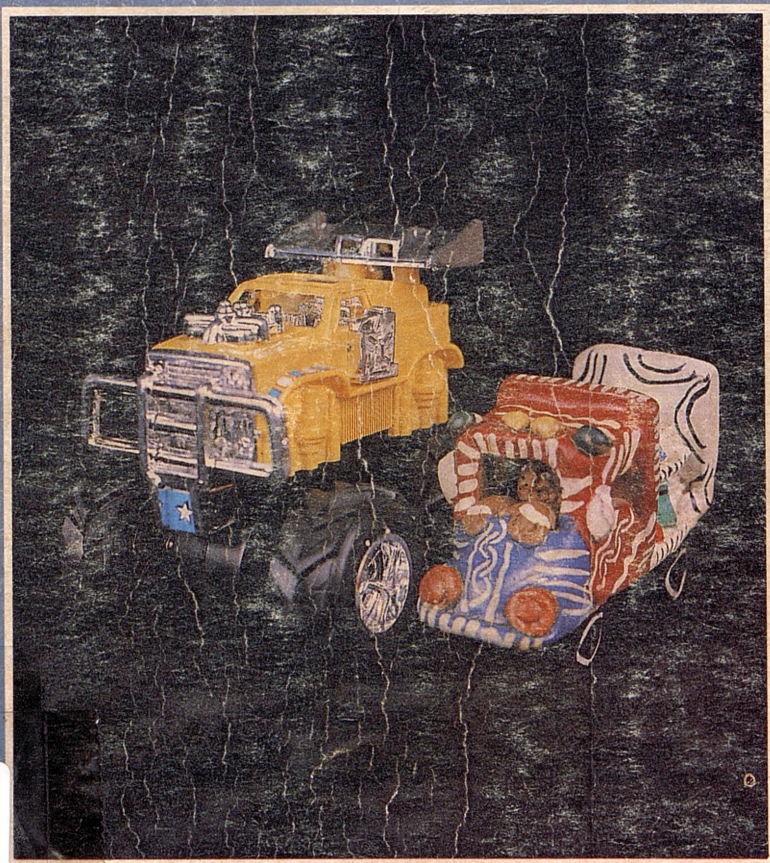


ESTUDIOS MICHOACANOS V

Víctor Gabriel Muro

Coordinador



EL COLEGIO DE MICHOACÁN
GOBIERNO DEL ESTADO DE MICHOACÁN

Estudios Michoacanos V

Víctor Gabriel Muro González
Coordinador



El Colegio de Michoacán



Gobierno del Estado de Michoacán

ÍNDICE

Presentación <i>Víctor Gabriel Muro González</i>	11
---	----

I. HISTORIA

El templo de este mundo o de cómo fue reformada la Iglesia del antiguo Michoacán, 1640-1666 <i>Jorge Traslosheros Hernández</i>	19
--	----

La capilla barroca de Santa Ana Pacueco: estudio iconológico <i>Alberto Carrillo Cázares</i>	39
---	----

Michoacán en la vía de la unidad nacional, 1940-1944 <i>Verónica Oikión Solano</i>	73
---	----

II. NUEVOS PATRONES CULTURALES

Extendiendo las fronteras de la comunidad en teoría y práctica: Tzintzuntzan México, 1970-1990 <i>Robert V. Kemper</i>	119
---	-----

Migración Tarecuato-Pomona: ¡Ráscale a tu suerte! <i>Philippe Schaffhauser</i>	131
---	-----

Las aguacateras de Caltzontzin: génesis, desarrollo ¿y ocaso? de una actividad comercial <i>María Isabel Mora Ledesma</i>	159
--	-----

III. PROCESOS POLÍTICOS

Érase una vez el centro-norte de Michoacán: acerca del por-
qué y del cómo las asociaciones locales se convierten en
organizaciones empresariales
Xochitl Leyva Solano 171

Cambio socio-económico y cultura política: la región cañera
de Los Reyes, Michoacán
Kathy Powell 191

Movimientos sociales y la emergencia del neocardenismo en
Ciudad Lázaro Cárdenas, Michoacán
Robert Aitken 251

IV. POBLACIÓN REGIONAL

Demanda agrícola de fuerza de trabajo y movimiento
poblacional en Zamora, Michoacán
J. Luis Seefó Luján 283

Regionalización y movimientos de población en Michoacán
*Patricia Ávila G., Esteban Barragán L., Eric Mollard y
José Luis Seefó L.* 311

EXTENDIENDO LAS FRONTERAS DE LA COMUNIDAD EN TEORÍA Y PRÁCTICA: TZINTZUNTZAN, MÉXICO, 1970-1990¹

Robert V. Kemper²

En 1969, cuando comencé mi trabajo de campo entre los migrantes de Tzintzuntzan, Mich., a la ciudad de México, el pensamiento antropológico incluía suposiciones críticas sobre su “sistema cerrado” y sus características “limitadas” (véase Foster, 1972). En este contexto mi investigación en la ciudad de México representó una extensión del estudio realizado por George Foster —entonces mi asesor en la Universidad de California en Berkeley— sobre Tzintzuntzan. El marco teórico-metodológico se basó en estudios anteriores sobre migrantes rurales del campo a la ciudad de México, de Oscar Lewis (1952) entre los tepoztecos, y su asesorado Douglas Butterworth (1962) entre los tilantonguenses.

Mi trabajo de campo podría haber sido sólo cualquier otro destinado a presentar una disertación doctoral, con su respectiva publicación (Kemper, 1976), pero resultó ser la base de un estudio de largo plazo que he considerado como la “comunidad extendida” de Tzintzuntzan. En este breve escrito quiero compartir algunos de

1. Este artículo fue escrito mientras yo era profesor visitante del Centro de Estudios Antropológicos en el Colegio de Michoacán, en el año académico 1991-1992, durante el cual tuve la beca *Fulbright-Hays Advanced Research Award*. Una versión preliminar fue presentada en la reunión de la *American Anthropological Association* en Chicago, Illinois, el 23 de noviembre de 1991. Mi agradecimiento al Profr. Víctor Gabriel Muro, a los miembros y estudiantes del CEA por sus muchas atenciones durante mi estancia en Zamora. (Artículo traducido del inglés por Víctor Gabriel Muro).
2. Southern Methodist University, Dallas, Texas.

los resultados de los 25 años de estancia en esta comunidad [llegué allí por primera vez en junio de 1967] y mostrar cómo sus rasgos espaciales han sido transformados durante este tiempo.

HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN

En 1970 Tzintzuntzan era una comunidad de 2 253 residentes —de acuerdo con el censo etnográfico realizado por Foster en ese año. Mientras tanto en mi estudio sobre los migrantes a la ciudad de México, yo había localizado sólo 483 individuos viviendo en 74 unidades domésticas dispersas entre más de 40 diferentes vecindarios de la capital. Durante este primer periodo, de unos diecisiete meses de trabajo de campo, entre 1969-1970, ocasionalmente fui presentado a migrantes que salieron no desde la localidad de Tzintzuntzan propiamente dicho, sino más bien de los 18 pequeños poblados del municipio o parroquia de Tzintzuntzan. Mi reacción inicial al descubrir tales migrantes fue registrarlos en un archivo diferente —separados de los habitantes “verdaderos” a ser estudiados. Mi problema tenía dos partes: la primera, que no podía ligar directamente a los migrantes de esos poblados a la base de datos que Foster había diseñado para los residentes de Tzintzuntzan; la segunda, que yo me sentía incómodo por “contaminar” el estudio de los migrantes del pueblo de Tzintzuntzan, con la información sobre amigos y parientes de quienes pasaban también a residir definitivamente en la ciudad de México.

En efecto, mi estrecha definición de “comunidad” como un lugar sobre un terreno específico —en vez de un amplio espacio social y económico— me hizo esforzarme para ver lo que estaba pasando entre los migrantes en la ciudad de México. Al final del análisis incluí datos sobre los migrantes provenientes de los poblados del municipio de Tzintzuntzan —aunque siempre me sentí a disgusto, porque me parecía violar el marco teórico del análisis de origen-destino, de Lewis y Butterworth.

Mi incomodidad, con la cuestión de cuáles personas y familias deberían incluirse en mi estudio inicial de la ciudad de México,

terminó cuando volví a la capital en el verano de 1974, para actualizar y ampliar mi trabajo de campo. A diferencia de la etapa de trabajo de 1969-1970, cuando mi esposa y yo habíamos rentado un departamento en el centro de la ciudad, en esta ocasión volví solo. Viví con una familia cuyo jefe era el medio hermano de la mujer, que era la jefa de la casa donde se hospedó Foster –también yo– en Tzintzuntzan.

Con la ayuda de algunos asistentes (algunos de los mismos migrantes), pude incrementar nuestra cobertura a unas 600 personas residentes en más de 110 viviendas. Como en 1969-1970, esta población migrante incluía a algunos habitantes de los alrededores de Tzintzuntzan.

Ese verano también fui a esta localidad para realizar mi primer estudio en relación a la migración de sus habitantes. A través de mis informantes clave, en diferentes vecindarios, pude actualizar los datos de las 2 253 personas registradas en el censo etnográfico de 1970. Al mismo tiempo empecé a observar la localidad como el nudo central de un extendido campo social y económico que incluía los pequeños poblados en el municipio, pueblos a lo largo de todo el estado, grandes ciudades como la de México y también varios lugares en los Estados Unidos.

En el verano de 1975 tuve la oportunidad de presentar mi trabajo en una conferencia, auspiciada por la Fundación *Wenner-Gren*, sobre “El trabajo de campo en la investigación a largo plazo en la Antropología Social” (Foster, Scudder, Colson, and Kemper, 1979). Si yo tenía alguna duda para continuar mi trabajo de campo entre los migrantes de Tzintzuntzan a la ciudad de México –cuyo foco se encontraba en esta ciudad–, en esta conferencia quedé convencido de la importancia de las investigaciones longitudinales.

Posteriormente, regresé a Tzintzuntzan para repetir el estudio del comportamiento migratorio y poblacional de sus habitantes en agosto de 1976 y en agosto de 1978. En 1979-1980, con un permiso y una beca *Fulbright* para la investigación, mi esposa y yo pudimos permanecer quince meses en México, la mayoría del tiempo en la ciudad de México, donde continué viviendo con la misma familia

migrante, aunque en este tiempo en un nuevo departamento que construimos en los altos de su casa, con 6,000 dólares de la *Dallas Teacher's Credit Union*. Esta construcción reflejaba la magnitud de mi confianza en el futuro de mi proyecto de investigación.

En febrero de 1980, Stanley Brandes (otro de los asesorados por Foster, que continúa su trabajo en Tzintzuntzan) y yo ayudamos a Foster a dirigir el censo del poblado en 1980. Mientras que trabajamos en el censo, se nos aclaraba que la simple división de la población en residentes y migrantes era inadecuada para representar una realidad social y económica en cambio. Un incremento significativo en cuatro categorías socioeconómicas: estudiantes de preparatoria y universidad, trabajadores que a diario van a trabajar a otras localidades, personas con un trabajo de tiempo completo fuera de Tzintzuntzan y que regresan de vez en cuando con sus familias, y los migrantes ilegales en los Estados Unidos. Todo esto se combinaba para complicar la definición de participación en la comunidad. Para solucionar este problema etnográfico creamos una categoría intermedia que llamamos "población extendida", tal como Foster había descrito recientemente la presente situación: "Toda esta gente tiene una cosa importante en común: están fuera del poblado mucho más tiempo de lo que permanecen en él, y su relación eventual con la comunidad es incierta" (comunicación personal). Así que en 1980 teníamos una población "central" de 2 506 personas en Tzintzuntzan y una población "extendida" de otras 143, es decir un total de 2 649 personas.

Los habitantes de esta zona representaban para nosotros un dramático ejemplo de la extensión de la comunidad cuando, en 1979, unas 45 familias invadieron un terreno baldío perteneciente a su propia comunidad indígena. Localizado a dos kilómetros al sur de la ciudad de Pátzcuaro, este nuevo poblamiento se autodenominó "Colonia Lázaro Cárdenas" en honor del expresidente de México, quien cuando fue gobernador del estado gestionó el establecimiento del municipio de Tzintzuntzan, en 1930. Sin saber si esta colonia, constituida enteramente por gente de la zona, sobreviviría, decidimos

contar a sus residentes como miembros permanentes del poblado de Tzintzuntzan.

Durante el resto de 1980 trabajé (nuevamente con algunos asistentes, incluyendo a los mismos migrantes) en la ciudad de México para levantar un censo etnográfico paralelo. Reunimos datos de alrededor de 1 000 personas en unas 200 viviendas dispersas en el área metropolitana. Además el líder de la asociación de migrantes de Tzintzuntzan (formada después de mi primer trabajo de campo en 1970) registró a sus colegas migrantes de clase media en varias ciudades—incluyendo Toluca, Morelia y otras más pequeñas alrededor de Tzintzuntzan. También obtuve una pequeña beca de la Fundación *Ford* para que estudiantes mexicanos (de la Universidad Iberoamericana) graduados realizaran trabajo de campo en Tijuana, B.C.

Amplíé mi trabajo de campo a los Estados Unidos, tanto en el suroeste y noroeste de California como en Illinois, especialmente en el sur y oeste de Chicago. Esta actividad adicional produjo información sobre 700 personas que vivían en unas 150 unidades domésticas, más de lo que habíamos encontrado en la ciudad de México.

En agosto de 1982, de 1984, de 1986 y de 1988, continué mi estudio bienal de los cambios en la población de la localidad. A mediados de la década de los ochenta también trabajé con Ben Wallace, un colega mío de la Universidad de Dallas, Texas, en un proyecto de investigación de la agricultura en Bangladesh. Allí tuve la oportunidad de estudiar el nivel de migración de pequeños poblados, con más diferencias sociales y económicas que en México. De hecho fue la investigación en Bangladesh que me llevó a desarrollar el concepto de “comunidad extendida” (Kemper, Wallace, y Wilson-Moore, 1989).

Así que, cuando empecé a preparar el censo etnográfico de Tzintzuntzan en 1990, concebí al poblado como un nudo central en un campo social espacial y temporalmente complejo, como un nudo dependiente en un campo, político-económico aún más complejo. Sentí que las tres categorías—residente, extendido y migrante—fueron simplemente tres puntos a lo largo de un *continuum* mediante las cuales, individuos y familias unidos podrían pasar durante sus carreras de vida.

Desde enero de 1990 he estado ocupado con el censo y el trabajo de campo en Tzintzuntzan, en la ciudad de México, en el sur y norte de California, en Illinois y en el estado de Washington —un área donde en 1980 no había tzintzuntzeños, y en 1990 había más de 60 unidades domésticas. Otros miembros del equipo de investigación han trabajado en el municipio de Tzintzuntzan, en el resto del estado de Michoacán y en otras ciudades mexicanas como Toluca, Guadalajara y Tijuana, así como en el sur de California. Desde hace algún tiempo tres antropólogos, seis estudiantes de antropología, tres científicos no antropólogos y ocho tzintzuntzeños —20 en total— han ayudado a levantar el censo.

En 1990, Tzintzuntzan tenía una población “central” de 2 993 personas viviendo en unas 580 unidades domésticas, pero también tenía 362 individuos (en 178 diferentes unidades domésticas, o sea el 31% del total) clasificados como población “extendida”. Así que en 1980 habíamos contado la población de la Colonia Lázaro Cárdenas como parte componente de Tzintzuntzan, aunque sus más de 200 residentes mejor deberían ser clasificados como parte de una comunidad extendida. En 1991 ocurrió otra invasión —a lo largo de la carretera de la colonia— involucrando quizás a otras 20 familias (algunas de las cuales son de los hijos casados de los colonos residentes). En efecto, los mismos pobladores continúan redefiniendo las fronteras espaciales inmediatas de su comunidad a través de los años.

Con respecto a la gente que vive más allá de las fronteras de Tzintzuntzan, hemos censado más de 3 000 migrantes (incluyendo esposas, hijos, nietos y bisnietos) en docenas de diferentes localidades. Simplemente, considerando a la gente de Tzintzuntzan en la actualidad, aproximadamente la mitad vive en o alrededor del poblado, y la otra mitad está viviendo temporal o permanentemente fuera de su comunidad. Este es un cambio dramático desde la situación en 1970 y aún más impactante que cuando se compara con las circunstancias que encontró Foster cuando hizo su primer trabajo de campo allí en 1945.

LA COMUNIDAD EXTENDIDA

Con el breve esbozo de la historia de mi involucramiento en el proyecto de Tzintzuntzan, permítaseme exponer las implicaciones de la idea de “comunidad extendida” para nuestro trabajo como antropólogos.

Ciertamente hay cientos, sino es que miles, de estudios de comunidad en la literatura antropológica. Muchos de esos trabajos, especialmente aquellos de los primeros tiempos, se enfocaron en un solo lugar en el tiempo y el espacio. Nuestro trabajo de campo de largo plazo entre la gente de Tzintzuntzan nos sugiere que necesitamos repensar nuestra noción de comunidad.

Primero, estoy particularmente impactado por lo difícil que se ha vuelto definir quién es y quién no es residente de Tzintzuntzan. Como hemos visto, una creciente proporción —actualmente alrededor del 31%— de las unidades domésticas locales tienen uno o más miembros “extendidos” fuera del poblado en cualquier momento dado, aun las familias que no tienden a pensar en ellos como seres migrantes. Además, dado el flujo de individuos y familias desde y hacia el poblado, de acuerdo con cédulas académicas, vacaciones y ciclos de siembra-cosecha en los campos de Estados Unidos, es una población en flujo constante.

Segundo, la distancia no es más el factor significativo que solía ser. La infraestructura de transportación permite el viaje, relativamente barato, por autobús, automóvil particular, y aún por avión, a todas las partes de México y Estados Unidos. Durante 1991, varios jóvenes que murieron en accidentes automovilísticos en Estados Unidos fueron trasladados por aire a Guadalajara, y desde ahí por autobús o camioneta de la familia, a Tzintzuntzan para su funeral y velación.

Tercero, el acceso limitado al servicio telefónico es cada vez menor (ahora que Teléfonos de México ha sido privatizado). Por tanto la comunicación oral está reemplazando a los sistemas lentos, y un tanto informales, como medios de contacto entre el poblado y cualquier otro lugar. Un reciente esfuerzo para adquirir una línea

Desde enero de 1990 he estado ocupado con el censo y el trabajo de campo en Tzintzuntzan, en la ciudad de México, en el sur y norte de California, en Illinois y en el estado de Washington —un área donde en 1980 no había tzintzuntzeños, y en 1990 había más de 60 unidades domésticas. Otros miembros del equipo de investigación han trabajado en el municipio de Tzintzuntzan, en el resto del estado de Michoacán y en otras ciudades mexicanas como Toluca, Guadalajara y Tijuana, así como en el sur de California. Desde hace algún tiempo tres antropólogos, seis estudiantes de antropología, tres científicos no antropólogos y ocho tzintzuntzeños —20 en total— han ayudado a levantar el censo.

En 1990, Tzintzuntzan tenía una población “central” de 2 993 personas viviendo en unas 580 unidades domésticas, pero también tenía 362 individuos (en 178 diferentes unidades domésticas, o sea el 31% del total) clasificados como población “extendida”. Así que en 1980 habíamos contado la población de la Colonia Lázaro Cárdenas como parte componente de Tzintzuntzan, aunque sus más de 200 residentes mejor deberían ser clasificados como parte de una comunidad extendida. En 1991 ocurrió otra invasión —a lo largo de la carretera de la colonia— involucrando quizás a otras 20 familias (algunas de las cuales son de los hijos casados de los colonos residentes). En efecto, los mismos pobladores continúan redefiniendo las fronteras espaciales inmediatas de su comunidad a través de los años.

Con respecto a la gente que vive más allá de las fronteras de Tzintzuntzan, hemos censado más de 3 000 migrantes (incluyendo esposas, hijos, nietos y bisnietos) en docenas de diferentes localidades. Simplemente, considerando a la gente de Tzintzuntzan en la actualidad, aproximadamente la mitad vive en o alrededor del poblado, y la otra mitad está viviendo temporal o permanentemente fuera de su comunidad. Este es un cambio dramático desde la situación en 1970 y aún más impactante que cuando se compara con las circunstancias que encontró Foster cuando hizo su primer trabajo de campo allí en 1945.

LA COMUNIDAD EXTENDIDA

Con el breve esbozo de la historia de mi involucramiento en el proyecto de Tzintzuntzan, permítaseme exponer las implicaciones de la idea de “comunidad extendida” para nuestro trabajo como antropólogos.

Ciertamente hay cientos, sino es que miles, de estudios de comunidad en la literatura antropológica. Muchos de esos trabajos, especialmente aquellos de los primeros tiempos, se enfocaron en un solo lugar en el tiempo y el espacio. Nuestro trabajo de campo de largo plazo entre la gente de Tzintzuntzan nos sugiere que necesitamos repensar nuestra noción de comunidad.

Primero, estoy particularmente impactado por lo difícil que se ha vuelto definir quién es y quién no es residente de Tzintzuntzan. Como hemos visto, una creciente proporción —actualmente alrededor del 31%— de las unidades domésticas locales tienen uno o más miembros “extendidos” fuera del poblado en cualquier momento dado, aun las familias que no tienden a pensar en ellos como seres migrantes. Además, dado el flujo de individuos y familias desde y hacia el poblado, de acuerdo con cédulas académicas, vacaciones y ciclos de siembra-cosecha en los campos de Estados Unidos, es una población en flujo constante.

Segundo, la distancia no es más el factor significativo que solía ser. La infraestructura de transportación permite el viaje, relativamente barato, por autobús, automóvil particular, y aún por avión, a todas las partes de México y Estados Unidos. Durante 1991, varios jóvenes que murieron en accidentes automovilísticos en Estados Unidos fueron trasladados por aire a Guadalajara, y desde ahí por autobús o camioneta de la familia, a Tzintzuntzan para su funeral y velación.

Tercero, el acceso limitado al servicio telefónico es cada vez menor (ahora que Teléfonos de México ha sido privatizado). Por tanto la comunicación oral está reemplazando a los sistemas lentos, y un tanto informales, como medios de contacto entre el poblado y cualquier otro lugar. Un reciente esfuerzo para adquirir una línea

telefónica ha generado más de 200 solicitudes que se añaden a los aproximadamente 50 suscriptores. (Desde 1993 Tzintzuntzan ya tiene servicio telefónico automático.)

Cuarto, el incremento de la participación de los jóvenes de Tzintzuntzan en el sistema de educación superior en México significa que muchos de ellos permanecen fuera del poblado por varios años, excepto durante los periodos vacacionales o los fines de semana. Sin embargo, ellos continúan volviendo a la comunidad aún después de habitar en áreas urbanas donde puedan emplearse como profesionales. Por ejemplo, un médico trabaja en la capital del estado, Morelia, pero insiste (a pesar de las objeciones de su esposa, quien no es de Tzintzuntzan) en dar consulta los fines de semana en la comunidad. Más de 150 personas del poblado se han vuelto maestros de escuela, lo cual es muy notable, pero más interesante es su deseo de tener a Tzintzuntzan como base de operaciones en el desempeño de su profesión. Así que ellos viven en el poblado y van diariamente a otras localidades o regresan sólo los fines de semana si la distancia no es tan grande. Las escuelas de primaria y secundaria son normalmente atendidas casi totalmente por maestros que viven en Tzintzuntzan.

Quinto, las percepciones económicas y envío de remesas de quienes viven fuera de la comunidad se han vuelto vitales en la continua sobrevivencia económica de Tzintzuntzan y de cientos de poblados mexicanos similares. Como la paridad cambiaria del peso, en relación al dólar, ha oscilado de 12.50, en 1970, a más de 3,000 (o tres nuevos pesos) en la actualidad, el cambio de la comunidad extendida en Estados Unidos —y en la ciudad de México— se ha vuelto notable. Cuando los hombres no pueden mandar dinero o no pueden volver después de la cosecha de otoño en los Estados Unidos, sus esposas e hijos sufren serias privaciones (Miller, 1992). Por otra parte, los movimientos temporales del poblado hacia otros lugares suelen ser con el fin de tener un suplemento a los insuficientes salarios locales. Aún algunos maestros de escuela viajan a California o Washington para trabajar en el campo durante el periodo vacacio-

nal de verano. Allí ellos pueden ganar en un par de meses de ardua labor el equivalente al salario de un año en la comunidad.

Sexto, la herencia es un asunto importante para los residentes y sus parientes que viven fuera de Tzintzuntzan. Un buen número de los migrantes más viejos —algunos fuera del poblado por más de 40 años— aún poseen casas y tierras ahí. ¿Dejarán estas propiedades a sus hijos, algunos de los cuales raramente han viajado a Tzintzuntzan, o las pasarán a miembros de la familia aún residentes en el poblado? En la otra parte de la ecuación, muchos migrantes más jóvenes tienen el interés de pedir que compartan con ellos las tierras de la familia para continuar visitando Tzintzuntzan con regularidad.

Finalmente, Tzintzuntzan es bien conocida por sus fiestas y celebraciones religiosas (Brandes, 1988). Muchos migrantes —así como miles de turistas— regresan a la comunidad para participar en esas festividades. Especialmente en las fiestas de febrero, en honor de El Señor del Rescate, muchos migrantes regresan para el bautizo o la confirmación de sus hijos en la iglesia parroquial. A menudo ellos elijen compadres residentes en el poblado o a otros migrantes que han retornado. De este modo, refuerzan su solidaridad con su comunidad natal. Este sentido de membresía y afiliación también es aplicada a la gente de los poblados circundantes a la localidad propiamente dicha. Convenientemente, los elementos centrales del ciclo anual de fiestas ocurre en los tiempos en que los tzintzuntzeños que viven fuera de la comunidad pueden volver como participantes u observadores. Por ejemplo, uno de los responsables de las celebraciones de Semana Santa vive regularmente en Orange County en el sur de California. Él hace que sus dos semanas de vacaciones coincidan con sus deberes en Tzintzuntzan.

CONCLUSIÓN

El concepto de “comunidad extendida” ha emergido de nuestro trabajo de décadas con la gente de Tzintzuntzan. Cuando Foster comenzó a trabajar allí en 1945, había sólo 1 231 residentes, casi todos ellos habían nacido y vivido en la comunidad. En cambio,

desde que yo inicié mi trabajo en 1969 [después de mi primera visita en el verano de 1967, con motivo de mi investigación en el mercado en las cercanías de Pátzcuaro] habían sido añadidos 3 303 individuos a mi base de datos. El tiempo ha transformado la membresía de la población del lugar y precisamente esto ha cambiado la conformación del equipo de investigación involucrado con Tzintzuntzan y su “comunidad extendida”.

¿Cuál será la situación en el año 2000 o en el 2010 y después? Estamos trabajando con los nietos y bisnietos de los adultos que conocieron a Foster en 1945. Si Tzintzuntzan continúa desarrollándose como en las décadas de los setenta y ochenta, el reto a nuestras teorías y metodologías será significativo. Lo que una vez fue tratado —igualmente por habitantes y antropólogos— como si fuera un sistema “cerrado” ha devenido espacial y temporalmente una “comunidad extendida”, cuyas características cambiantes no pueden ser ignoradas.

Para cerrar esta discusión y remarcar la importancia de la “comunidad extendida” en la situación actual de Tzintzuntzan, ofrezco el siguiente caso de estudio, sólo uno de muchos que pueden ser citados.

Una familia de migrantes de Tzintzuntzan había vivido como residente extranjera por más de una década en el norte de California. Dicha familia, a su vez, tenía parientes que habían vivido por muchos años en Chicago, Illinois. Recientemente, un hombre joven de la familia residente en California regresó al poblado para una extensa visita (mientras su padre había participado infructuosamente como candidato para presidente municipal en las elecciones de 1989). Este joven conoció a una mujer y decidió casarse —y se planeó la boda en el poblado en enero de 1992. Desde luego se requirió un vestido de novia, lo cual fue responsabilidad de la familia del novio. Sucedió que sus parientes de Chicago tenían una tienda especializada en vestidos de novia. Entonces, el joven ordenó a sus parientes de Chicago confeccionar el vestido y enviarlo a Tzintzuntzan para la boda. Así que el círculo se completó: de Tzintzuntzan al norte de California, de allí a Tzintzuntzan; de Tzintzuntzan a Chicago y

de allí otra vez a Tzintzuntzan. Esta es la “comunidad extendida” a la medida de la utilidad de su gente –y, sospecho, de cientos de comunidades mexicanas similares.

BIBLIOGRAFÍA

- BRANDES, Stanley, *Power and Persuasion: Fiestas and Social Control in Rural Mexico*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1988.
- BUTTERWORTH, Douglas, “A Study of the Urbanization Process among Mixtec Migrants from Tilantongo in Mexico City”, en *América Indígena* 22 (3), 1962, 257-274.
- FOSTER, George M., *Tzintzuntzan. Los campesinos mexicanos en un mundo en cambio*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972.
- , Thayer SCUDDER, Elizabeth COLSON y Robert V. KEMPER, *Long-Term Field Research in Social Anthropology*, New York, Academic Press, Inc., 1979.
- KEMPER, Robert V., *Campesinos en la ciudad: gente de Tzintzuntzan*, México, Secretaría de Educación Pública, Ediciones SepSetentas, no. 270, 1976.
- , Ben J. WALLACE y Margot WILSON-MOORE, “The Extended Community in Rural Bangladesh: Household Formation and Migration in Kalampur and Jalsha”, en *Urban Anthropology* 18 (3/4), 1989, pp. 347-363.
- LEWIS, Oscar, “Urbanization without Breakdown: A Case Study”, en *The Scientific Monthly* 75, 1952, pp. 31-41.
- MILLER, Sara J., “Women in Waiting: The Wives of Migrants in a Mexican Village”, Paper presented at the *American Ethnological Society Meeting*, Memphis, TN, 26 March, 1992.